

Antonio Tenorio Muñoz Cota

Más breve
que una vida



serie del volador

UNO
Agua vacía

LLEGAMOS EN MEDIO DE LA TORMENTA. Como si hubiera sido un naufragio. Como si yo mismo, general de división, no hubiera podido imaginar nunca que libraría la batalla más importante no en el campo de guerra sino en el mar.

No veo. Escucho. Sólo escucho. Almirante refundido. En el afuera de otro afuera la vida transcurre, navega. Son mares dentro de otros mares en los que estalla la tormenta. La lluvia de las calles de esta ciudad que no es mía, viene sólo a confirmar sapiencias anteriores.

En todas partes el agua se viene abajo. El río corre hacia abajo; más que eso, el río viene en cascada y yo sólo oigo el reventar del agua sobre rocas que apenas si recuerdo.

Oigo el recuerdo del agua; ya no la alcanzo.

El origen de la vida es el agua, acaso sea también su receptora última; de eso sabré después, ahora es sufi-

ciente con mirar la pared, el techo amarillento por la luz que todavía le queda a la tarde que fenece.

No ha dejado de llover afuera. Extraño que en esta temporada la lluvia aparezca. Sin mirarla, yo sé que está ahí. Se parece a la enfermedad que tumba. No se ve, sólo es su tric trac interior lo que la anuncia. Igual sucede con la tormenta de este principio de abril atormentado.

Carolina debe estar afuera de mi afuera. A eso me refería con lo de los mares dentro de otros mares. Yo, al revés, lo que escucho son mares afuera de otros mares.

Todo se vierte afuera. Mi cabeza, mi razón, el pensamiento está afuera de un dolor que resuena y que, según el médico, está rodeando la próstata; mi isla navegante, mi islote navegable.

Alrededor sólo agua.

Adonde uno vaya se encontrará con que hay algo que queda afuera. Nunca he visto mi próstata ni ella a mí. Sin embargo, vivo lo que me queda atado a su orilla, a su capricho, ella dirá hasta dónde, decidirá hasta cuándo. Afuera de ella, de mí, de este cuarto existe otra periferia donde llueve, que también no es más que un pequeño pedazo de una extensión mayor.

Afuera-adentro. ¿Dónde suceden las cosas realmente? ¿En uno o en otro sitio? ¿O será que nunca se puede estar adentro de nada, porque ese lugar es el afuera de otro? No hay hacia donde desertar.

La punzada del agua que cae del cielo alegrará a la gente de los pueblos cercanos. A nosotros nos sorprendió dentro del Ford. Metidos en una burbuja de silencio, oímos caer las primeras gotas de la tarde, abrirse paso como balas contra el toldo.

El coche corre por las calles asfaltadas de la ciudad. Sólo venimos el chofer, Carolina, enorme como es, y yo. Parecemos pasajeros de un barco sobre el que se ha puesto a saltar un elefante rabioso. Es el estruendo del viento empapado, ahogado de furia.

“¿Nos podrá voltear?”, pregunta Carolina genuinamente asustada.

La tardenoche se torna recuerdo de hostil diluvio.

Navegamos con la intuición de una parvada que cruza el cielo de noche. Por un momento sueño que la ciudad se ha vuelto a convertir en un lago. Reino del agua sagrada. Eso parece.

Avanzamos lentamente, como una enfermedad progresiva y tenaz. El auto se mece sobre las olas simuladas de un señor chubasco en primavera. Me han hecho bien los medicamentos. El dolor cede, pero la tormenta no.

Con una franela Carolina auxilia limpiando el parabrisas; no obstante, la lluvia es más rápida que su mano, y como si alguien se esmerara en tirarnos cubetazos sobre el cristal, los esfuerzos de mi mujer son infructuosos hasta lograr su desesperación.

Esta agua, vertida así de golpe y sin cuidado, resonando vulgar y necia, tiene de a poco la escondida prisa de la muerte. No deja otra cosa que esperar. Sujetarse a su propia desvanecencia.

“Ya pasará”, dice Carolina mirando hacia la parte de atrás del coche. Semiacostado, la escucho. Imagino que el techo del auto se ha rajado y que por esa grieta el agua se va colando hasta llegar a mi frente.

Hay agua en mi frente, una diminuta corriente baja hasta la punta de la nariz y el bigote, sin permiso, desafiante; un riachuelo cauteloso, pertinaz como el cansancio de los últimos días, un arroyo ardiente y lento, se extiende como cera.

“Volvió la fiebre”, es el dictamen de mi mujer. Su aliento cargado de angustia invoca mi nombre antes de quedarme dormido.

Me quedé dormido devorado por una sensación oceánica. Una experiencia extraña, intensa, poco descifrable. No hay nadie en la habitación, mas permanece en ella algo del torrente que me arrastró hasta la isla donde ahora me encuentro. Pareciera que la tormenta, el tráfico, la fiebre, la ansiedad de Carolina por llegar, la ciudad desquiciada, la enfermedad, las sombras al acecho, hubiesen conjurado para sitiarme. Conjuero de circunstancias que me condujo a este sueño incómodo y extraño.

Por el cordel de un tiempo sin tiempo, o mejor dicho, de un tiempo sin densidad, recibo de cuando en cuando noticias de lejanas tierras. En los mensajes alguien me dibuja con trazo apurado mi lenta vida; aunque a veces, debo decir, es al contrario y el correr lento de la pluma escribe mi rápida existencia.

Es un correo sin almanaque, un telégrafo sin hilos, una correspondencia cuya rendija para el buzón se empareja con la línea del horizonte.

Acostado me confundo con una línea. Una línea, no más; una línea ligera, volátil, imperceptible desde la cual se alcanza a mirar todo, incluyendo, claro, a uno mismo sentado con los pies mojados y una espiral de agua que suena como una metálica confidencia.

El agua, nos enseñaron, según Tales, era el origen.

✓ Todo dimana del agua, todo se sostiene por el agua. Las cosas se mezclan, se disuelven en el agua y con ella viajan hasta volverse por sí mismas otra cosa distinta a las que fueron en un principio. Todo cambia. Pero todo permanece también.

Me corrieron más de una vez de la clase de filosofía, en Zamora, dónde si no, por negarme a repetir a Parmé-

nides. Dónde andará Heráclito, cómplice de lecturas clandestinas, instigador de mis primeras desobediencias.

El agua a cántaros, a chorros como las ideas ahora, como la tarde de la tormenta que sigo oyendo afuera y adentro de mí. En el agua estaba lo primigenio, la vuelta de las cosas. Primero, dentro del agua; después, sobre el agua; por último, diluidos en el agua.

En este momento ya no viajo, sólo espero. Lo siguiente será que la gota vuelva a ser océano, mar, y que al perderse recupere su naturaleza de parte y todo.

Llegamos a nuestro destino sin que el diluvio terminara. El barco atracó conmigo dormido y una voz desconocida me despabiló. "Con cuidado, general", me dijo entre amable, cauta y firme. Me solté de su mano y bajé solo.

Tal vez había alguien con un paraguas o cosa parecida, porque no recuerdo haberme mojado entre la puerta del coche y la entrada del hospital. Tal vez estuvo ahí, pero como no la oí, me es imposible ahora salvar su recuerdo.

Escuché a Carolina intentar, con la voz quebrada, convencerme de lo conveniente que sería que aceptara yo la silla de ruedas. "Por supuesto que no", dije sin decir con un simple movimiento de brazo. Al cabo, mi

resistencia resultó vencida. Fui sentado y así entré al hospital.

Una voz transparente detrás de mí, una presencia inmaterial, abre paso desde la espalda: "Es el general."

Sé lo que viene, lo espero, dudo por un instante, ¿y si no es el mismo general?, ¿y si en lugar de que la voz detrás de mí diga lo que espero, lo que sé, lo que me dicta la memoria, dijera González, Núñez, Hernández? ¿Estoy preparado para semejante accidente? La voz empuja, los ruidos van cambiando a medida que entramos en el hospital.

El vientre se me contrae y la voz que no dice lo que sigue a ese "es el general" eterno que ya dijo; claro que soy el general, por supuesto que soy el general mudo, ciego, sordo, anhelante; mi oscuro guía se tarda en completar la frase, la sangre me palpita en la ansiedad de saber qué va a decir, cómo va a terminar su todavía estéril "es el general".

Y de pronto, mi acecho de mendigo revienta en el soplo del conductor de mi silla de ruedas; al fin, conmigo exhausto por la espera, él pronuncia, dibuja en el aire las palabras olvidadas, termina la frase, su frase, mi frase: una sentencia. Un epitafio.

Escucho pequeños cristales que caen en el agua; son las letras de mi nombre: "Es el general Francisco J. Múgica", terminó de decir, terminé de escuchar; menos mal, sigo siendo, sigo en él... Creo, espero; ¿qué espero?

A lo lejos, una roca flota con un nombre inscrito sobre el mármol gris.

El cuarto parece limpio, no se escucha ningún ruido salvo el testarudo martilleo del agua que el cielo derrama sobre la ciudad aún a esta hora. La puerta rechina levemente al abrirse, los pasos de la enfermera son arrítmicos, típicos de quien tiene un pie más corto que el otro, el colchón tiene un plástico que suena si me muevo hacia el lado derecho, por lo demás, el resto es bastante común, nada que moleste en realidad, nada que perturbe los trozos de penumbra que alcanzo a adivinar pegados en la pared.

Escuchar. Escuchad. Escuché. Oír, oíd. Huir. Hundir.

“El petróleo será nuestro”, le escuché decirme al presidente Cárdenas cuando terminó de leer, en voz y mirada bajas, el borrador del decreto con el que llegué a su despacho en Palacio Nacional. “Recuperaremos lo que es nuestro”, enfatizó sin perder un ápice de compostura. Respondí, guardando las formas: “Esperaré a escuchar decírselo a la gente, mi general.”

El dieciocho, así lo hizo, se sabe; algunos lo escuchamos cerca, casi en la pared contigua de su despacho. Otros muchos, muchísimos, tuvieron la sensación de oírlo aún más cerca: recargados en la pared de la sala,

a un lado en la lonchería, en la tienda, en la panadería; en cualquier sitio donde se pudiera olfatear aquella voz esparcida bajo el cielo.

Una voz viajando, disuelta como presuroso anuncio de buenas nuevas.

A la gente le gusta eso de oír las cosas por la radio; escucha, digamos, la voz de un cantante y asegura que es su voz, son sus palabras, que lo que canta el otro es lo que él quería decir, con esas mismas frases, con esa misma entonación.

Cárdenas es el primer presidente, convencido estoy de ello, que habla con la voz de los que no tienen voz.

Cuando lo escuchamos decir: "El petróleo es nuestro", entonces supimos que era cierto.

Luego, los trabajadores vinieron al zócalo, me llamaban, pedían citas; en apariencia querían verlo. Me figuro, pasados los años, que más que verlo deseaban escucharlo, escucharse en él, su presidente.

Pero qué digo, si todas estas historias ya se saben y no tiene caso que las cuente yo, aprendiz de escuchador. Además, para eso están los historiadores, los científicos sociales, llamados a descubrir la verdad, a revelarla.

Uno en cambio, qué va a saber, si todo cuanto distingue en la niebla son destellos de ruidos.

No espere nadie que cuente la verdad; que mis palabras, que es todo cuanto queda al final, puedan restituir el color, resarcir el olor, recuperar el sabor, sanar la vista, restaurar el tacto, curar el dolor.

Adormecido por un cansancio remoto y ávido, me concentro en lo que escucho, aquí varado, subido en esta cama de arena, meciendo el entresueño en la balsa blanca que mi sábana es.

Aquí, náufrago sin tripulación que llorar. Instalado en esta fortaleza inexpugnable de silencios conspirando, en mi isla particular que es este hospital. Una isla al borde de la otra orilla de la nada con nombre de país: Hospital México.

Me apena un poco reconocerlo hasta ahora y en estas condiciones: escuchar es la lectura de la lectura, la verdadera densidad de un universo poblado de enigmas. ¿Cómo no me percaté antes? Vengo, por eso, a escuchar una desorbitada historia sobre mí mismo, contada por mí. Téngase mi silencio por contribución.

Un camino de niebla bordea mi isla; invento que camino. Alguien escribe que escribo que caminé, que viví, que soñé, que nada de eso hago ahora; que náufrago que soy, sólo me queda inventar que alguien escribe que escribo que invento.

Un espejo estalla en las manos trémulas de frío como una ola que no encuentra sosiego, una ola huérfana de mar.

Reconstruyo, con el recuerdo acústico de mis días en Tabasco. En la ceguera resplandeciente del verdor tabasqueño, el agua es algo que se toca, se traga, se pone unido sobre el uniforme, un rencor que se escupe, una mancha que se mira vertida en una cantidad inimaginable de verdes.

En la tierra móvil que es Tabasco, las aguas, como las caderas de sus mujeres, son de otra dimensión. Las aguas son grandes, tan grandes que en su enormidad devoran hasta el aire. "El tiempo se derrite en Tabasco", me dijo Horas, una mulata con muslos y caderas de nunca acabar.

Como cáliz de lo profano, el sudor de las mujeres en la selva se torna en brebaje y profecía. Manglares caminantes, hembras trenzadas de varios troncos, asidas al agua, sin huesos. Porque las mujeres en la selva, lo sabré yo que en una las tuve a todas, en lugar de huesos las sostienen raíces que crecen en el agua de sus cuerpos.

Mujeres de agua vestidas de gasa, que con su pelo negro suelto salen al paso del aire caliente de la noche estruendosa de sus lamentos. Igual que en las leyendas

de los pueblos como Chiltepec, donde todo tiene que ver con el agua. Allí, donde cuentan de una mujer a la que no se la puede ver, una llorona a la que sólo se le escucha un lamento que se torna venero de ensueños.

Llegué a esa selva de calores y colores de todo tipo, porque me mandó el presidente Carranza. Habían matado al gobernador que me antecedió. Entraron a Palacio y allí mismo, en su despacho, en el mismo que yo ocuparía, sentado él en la silla en la cual me sueño yo dejando descansar mi cuerpo de esponja, allí lo balacearon. A mediados de agosto recibí la orden de hacerme cargo de la jefatura militar de ese páramo anegado. Las órdenes se oyen y se cumplen de inmediato.

“Si queremos que la revolución se extienda en Tabasco, lo primero es acabar con aquel caos. Vaya a calmar las aguas”, escuché decirme al presidente Carranza.

Agitada e hirviente, fue como encontré la región. De las aguas de la política, ni hablar: fuera de cauce, embrutecidas y con un ímpetu que amenazaba con enfangarlas en sus propios remolinos. Fue como llegar a un territorio anterior al hombre mismo, de nadie, de nada, tal vez como dice la ciencia que hubo de ser la tierra en el principio de todo, tal vez.

Dos Bocas se llama el sitio donde bajamos del buque que nos llevó desde Veracruz.

El llegar a Tabasco no era fácil, después del Papanoapan la comunicación se hacía extremadamente difícil y lenta. Las condiciones del viaje solían ser terribles. Ellas marcaban la cantidad de días del trayecto. El sueño ferroviario dejó olvidada una especie de Babilonia selvática en la que se me había ordenado extender la obra de la revolución.

A oscuras, como me he quedado ahora, lo único que nos guiaba era el eco del agua del que caminaba adelante de cada uno.

“Qué bueno que vino en agosto”, me dijo el joven oficial tabasqueño, Nicomedo, quien nos servía de guía: “después vienen las aguas y entonces sí que es imposible pasar por aquí”.

El agua nos llegaba a las rodillas al pasar por las barras. “Estas aguas por lo menos ya están acá, hallaron sosiego, las que se dejan venir luego, éstas sí que son del diablo”, remató otro muchacho flaco y moreno que nos ayudaba a cargar apuntando la voz hacia el lodazal que cruzaríamos.

Yo era el segundo, apenas atrás del guía. Andábamos a tientas, ciegos, acompañados acaso por el ruido del pantano removido. Escuché en un latir acelerado la ambivalencia de la primera tiniebla.

Caminábamos en medio de ruidos desconocidos,

deseosos de acallarlos, pero no menos anhelantes de que no cesaran. Tal incoherencia la dictaba el temor de que el silencio trajera otros sonidos irreconocibles y entonces tuviésemos que recomenzar a nombrarlos, a preguntarnos, como ya lo habíamos hecho, unos a otros sobre la naturaleza de lo que escuchábamos.

"Estás inventando, Domínguez", oí reclamar al teniente Hernández, "cómo crees que una guacamaya va a hacer semejante graznido". Domínguez se aferró a su intuición: "Claro que es una guaca, si hasta la vi", aseguró sin asomo de dudas. "Estás delirando, a estas horas de la madrugada no hay esos bichos", le dijo Hernández. Los dos se callaron y todos oímos las risas gozosas de nuestros guías tabasqueños.

Ahí, dentro de la noche cerrada de verdenegro aprendí, súbitamente, que todo cuanto existe lo conocemos, primero y por última vez, a través del fluir tempestuoso de un murmullo o de la luz oral de un trueno.

El ave grazna, y no sabe quien la escucha, si es de dolor o gozo. No alcanza, el oidor impresionado, embelesado, aterrorizado, a saber si es un grito de la noche o el primero e inaugural de un nuevo día.

El corazón de la noche se abre y de él emerge, antes que nada, un canto que es mitad dolor y mitad júbilo, mitad espanto y mitad jolgorio, mitad desgarré y mitad parto, mitad tierra y mitad agua.

Soy el resonar de una memoria sin porvenir. Hospital México. Abril, 1954. Primera semana. Poco después de la mitad del siglo. Casi antes; casi después. ¿Quién cuenta siglos, si no somos más que un resoplido que suda flemas? ¿Qué me empapa? ¿Qué trago y qué escupo? ¿Todavía escupo?

Oigo reventar olas en mi boca; montañas de agua tapizadas de algas como hiedra, musgo verde verdad, maleza de los escombros. La espesura de mi mar interior se rehace en la playa de mi boca; se llaman flemas.

No recuerdo para salvarme; me busco con la convicción de un documento con acuse de extravío.

Desordenado y simulando que se me escucha; simulando que incluso yo mismo puedo oír esta voz hueca que ronca sobre un arrecife de la memoria, vuelvo a tener, en la manecilla en que nada tengo, a la mujer, mi mujer en Tabasco. Una que es todas.

Horas Ávila era, toda ella, un árbol de sombra redonda. Tenía caderas imposibles de cruzar a nado de tan anchas, enormes hamacas para mecer más de un parto. Caderas de grasa centenaria que a ella se le quedó en la piel; inútil, la grasa acumulada por el cuerpo, se

le quedó igual que una marca en la espalda, una especie de quemadura cuyo origen nunca me quiso explicar del todo.

Horas, la traga vida, se la pasaba dándola, generosa, húmeda por dentro y por fuera. Horas, la olorosa. El cerco de agua roto al filo de sus piernas. Cocinera, confidente, media hermana de aquel Nicomedo que nos recibió entre plagas. Mujer de uñas rojizas, hembra con un destello por ombligo; escándalo metido en un escándalo mayor.

Así se me presentó de día, a plena luz, con sandalias con olor a pescado, Horas Ávila quien ya vivía en la casa en la que me instalé con mi gente al llegar a Villahermosa. La tercera noche que intentaba dormir en una cama que se mecía aún más que la panga en la que cruzamos el Grijalva, Horas se sumergió en las sábanas empapadas de mi insomnio, y vació su cuerpo entero como un jarrón de agua fresca sobre mi cabeza atolondrada por el calor.

Los ríos son la prolongación de los caminos; los ríos de Tabasco, furtivos beduinos de la selva. Río abajo; río arriba; río adentro; río, río, río. Tabasco es un manantial de risas desbocadas en ríos. No hay otra forma de ir de un lugar a otro. El tiempo es oscuro y está detrás del sol. El día lo utilizamos para estar en los poblados, escuchar a los más pobres, a los que tienen una voz tan ligera como el aire que los despeina.

Horas Ávila me mira sudar; "ten paciencia", me susurra en algún momento.

Me sudan hasta las entrañas, bebo, no respiro, el aire caliente. Horas Ávila, la de los muslos de rinoceronte, la del apellido español por sabrá qué enredos de la sangre, que también es agua, teñida pero agua al fin, se esmera por enseñarme el maya, el chontal.

Yo oigo a los campesinos, muy propios, muy limpios, entonan palabras, sonidos incomprensibles que Horas Ávila, la de la lengua de río, me va traduciendo. Asiento con la cabeza mientras ellos hablan. Yo escucho, intuyo, luego me entero por voz de Horas.

Me desespero. Quiero dejar de oír para entender; además de oír, quiero entender. Oigo a los jornaleros en sus lenguas nativas y trato de adivinar lo que quieren decir por la expresión de sus manos. No siempre funciona, pero prefiero el margen de error a quedarme inerme frente a ese abismo que se abre entre lo que oigo y la espera. Me siento, soy un intruso. Un escabullido visitante que burla los cercos de agua de sus ríos, por la noche, como un ladrón, amparado por el canto de la primera ave.

Estoy allí para hablarles de la revolución, para convocarlos a las nuevas tareas, para decirles que el pueblo construirá su destino. Poco les puedo decir, sin embargo; poco directamente, la mayor parte pasa por la voz de Horas, y entonces ellos escuchan, algunos sonríen, desconfían, otros muchos sólo escuchan.

“Calma, tengan calma”, se hunde en la bahía de mi desánimo esta mezcla de orden con sutil invitación. Calma, ¿quién puede tener calma cuando la tarea es de una inmensidad oceánica, cuando lo que está en juego es la invención del mundo?

Tendida, torrente de pulsaciones marinas, me esperaba Horas; nadando, unas veces en la hamaca, otras en el aire. Horas, enorme como cuenca de río, cráter sin fondo.

Me vuelvo a abrazar a su cintura inexacta y regreso a correr el riesgo de hundirme en sudores incontrolables. Pegajoso vientre, el suyo, que se tornaba alberca para anegar la soledad. Más agua que carne, más sudor que piel, Horas, mujer anfibio, encontraba la manera de vivir hundida, sumergida en el agua.

A su risa de aguacero y su timbre de vendaval, les inyectaba el veneno tonificante de su saliva temblorosa. Por sí misma era una turba, un nubarrón dispuesto a reventar sin remendar a la menor provocación. Surcada por mieles de sudor que laceraban su piel, cualquiera, en cualquier momento, estaba expuesto a naufragar en esa ondulación fosforescente.

Horas parecía el énfasis de la vida tabasqueña. Las cosas se le quedaban pegadas al cuerpo como moscas en el dulce. Así andaba, con todo puesto. Se acomodaba el

sol de sombrero y la luna de collar, se colgó la selva en medio de sus senos de nodriza y no dudó en ponerse un limón en una oreja y una sandía entera en la otra.

Horas Ávila, delicia turbulenta de un sitio donde las horas se dilatan y la sorpresa se llama silencio.

Una mano exprime algo frío. Pasea el objeto por la frente, debe de ser una esponja, se demora en recorrer el espacio entre el pelo y los ojos, es natural, tengo una frente grande, una frente de calvo clandestino. La caída del chorro artificial, que la mano se ufana por primero abrir y luego detener, es una especie de contrapunto de mi respiración.

Es todo lo que oigo de mí mismo, mi respiración; aunque bien pudiera ser que fuera no la mía, sino la de la mano que aprieta la esponja como yo aprieto la memoria; sólo que los motivos de ella, de la mano, son más claros que los míos aquí tendido.

Tengo la sensación de estar escuchando un sueño.

✓ La voz que prosigue en su intento por contarme la travesía hace un esfuerzo en vano; tan vacuo como el mío. Ni ella ni yo logramos transmitir las sensaciones de lo vivido en directo y lo revivido en palabra.

¿Cómo traer aquí, al cajón de resortes, la espuma verdadera, el sudor real y no inducido por fármacos, el sonido auténtico y material de esa mezcla de sorpresa, aturdimiento, esperanza y caos que se engancharon a nuestro paso por Tabasco?

Ahora estoy solo, igual que estoy cuando sueño; ahora sé que no sueño, porque en los sueños no escucho y aquí sí; oigo y distingo, puedo diferenciar entre la oscuridad profunda del aire pesado y la débil pista de luz artificial que se cuelga de la calle y se queda pegada a la pared que tengo por cielo.

Me queda claro, ninguna de las dos oscuridades las alcanzo a ver, sólo las oigo, con eso me basta; sé que cada una sigue en su sitio y yo en el mío, solo, como cuando sueño, solo, pero sin soñar, escuchando.

¿Yo mismo me escuché decir esto y ahora lo vuelvo a oír?: gérmenes morbosos, manchas, buena voluntad, bandera, esperanza, oprimidos, tirano, rayo fulmíneo, plutocracia, patria, socialismo, constitucional, Justicia, Paz, Orden, vil, Nación, verdugo... sonidos, esferas de Pascal que emergen de lo oscuro, de una corriente subterránea, de una travesía marina en declive.

Ella, Horas Ávila, la de los pies de lodo, me dijo: "Voy a tener un hijo tuyo." No entendí si estaba yo escuchando una frase en futuro, es decir, de algo que ocurriría más adelante, o si se trataba de una notificación. Horas Ávila se oía contenta, con ganas de sorprenderme, de alegrarme tal vez.

Me lo dijo cuando más trabajo tenía, pero también, cuando las noches metido en la tina de su cuerpo resultaban más urgentes.

Horas Ávila, la de las mil amenazas, se la pasaba diciéndome que se tiraría con una piedra amarrada a los pies al Grijalva el día que me fuera de Tabasco sin ella.

Mi paso por Tabasco se asemeja a la huella sin forma que un hombre marca al pisar el lodo. Se parece no tanto por la figura como por el sonido que el peso produce al irse hundiendo en la superficie falsa. Quien lo haya experimentado lo sabrá.

El pie remueve, se sumerge, se vuelve parte del agua, se confunde hasta el punto de casi perder su propia forma. Es un suave crujir de mundos diminutos, un aguacero terrenal, una hecatombe apócrifa de arcas microscópicas.

No te librarás de mí, gobernador, pronosticó.

"En el lecho de tu muerte reapareceré para reinventar tu historia; vendré de un desierto de voces ciegas con mi voz de pito para romperte los tímpanos.

"Abriré un surco en tus mejillas con mis dientes puntiagudos.

"Tú, Francisco José, hablarás por mi boca.

"Transpirarás por mi piel.

"Te ahogarás en mi vientre.

"Tú, Francisco José, gobernador con nombre católico, no podrás renunciar a recordarte en mí."

Horas Ávila, pájaro de la nostalgia.

Nube entre labios amoratados, arrecife para un navío encallado, sigue hablando:

"Anda, anda andando, tú Francisco José, gobernador de nombre cristiano, empuja tu ébano.

"Dispara tu bala militar, marca tu raya blanquísima en el mar de mis entrañas."

Por la cuarta boca, Horas Ávila, me anunciaste que te saldría disparado al mundo un hijo mío. Eso me dijiste, Horas Ávila, la de los pezones como tamarindos, y yo, yo sólo te oí, no dije nada.

Sígueme contando cómo fue que durante meses creciste como marea, como afluyente de grasa acomodada en esa panza que te salió en medio del sueño. Cómo te colocaste todo ese peso en la boca de tu estómago, boca que era apenas una de las que tenías. Una de las cuatro, Horas Ávila, la de las cuatro bocas.

La de la boca para comer y hablar, boca de tragar y de chupar, boca de saliva, caverna de dientes desiguales y grandes como rocas afiladas: primera boca.

Tu vientre alberca, tu panza lago, tu estómago mar, alforja de tus sueños, tu empecinamiento por ser madre, cuarto marino, tumba de tus fantasías maternas, hueca resonancia de tu vientre abultado: segunda boca.

Boca de tu cabeza desordenada, tuya de ti, abertura de tus sentidos, universo de los sonidos, acomodo de todos los ruidos, anuncio de jilgueros funestos y milagrosos, tercera boca tus oídos, agazapados en tus orejas ni más ni menos grandes que tus pezones, pero mayores que tus meñiques, suficientes, en todo caso, para cumplir tu deseo de comerte el mundo, mujer de tentación y desobediencia, escuchando: "no hay otra forma de aprehender que no sea escuchando", me dijiste con la soga de mis brazos al cuello, "los ojos engañan, sólo con los oídos se puede ver bien, ¿cuántos latidos tienen tus orejas?" Tercera boca.

¿Cuál más?, Horas Ávila, la de la nariz de gota, cuál más, si no tu boca de ojo, de tercer ojo, de ojo de agua, tu boca negra, morada, ciega y sudorosa, la boca de tus piernas, tu pozo de los susurros; ávido fondo de mar, tu cuarta boca.

Qué más da ya si la historia que Hernández me contó para explicar el nombre de Horas era cierta o no.

Me hizo gracia, eso sí, saber que aquella mar andante, mar galante, como le leyera a no sé qué poeta, fue a llamarse así porque la partera que la recibió al verla

lo primero que dijo fue: "Esta criatura nació en santa hora", y a la madre le gustó.

Y como del padre apenas si se sabía por algún rasgo o gesto que había que adivinar en la chiquilla, pues fue a llamarse Horas, seguido del Ávila, que a mí siempre me sonó a hábiles.

Así le decía, de vez en vez, "Horas hábiles", y se reía tanto, tanto, que su risa navega aún en mi aliento.

"Si no he tenido un hijo es porque no había encontrado hombre que me lo hiciera", le escupiste a Hernández con tu lengua mocha de malnombrar, de maldecir, de malcomer, de buenbesar.

Unos días después te fuiste veloz, como alma sin cuerpo, a buscar a ese incrédulo de mierda, y al verlo tan ufano de su malobra, le aventaste las palabras con ganas de que alguna lo descabezara, se las aventaste directo a la cara.

Y cómo no, si dos días antes, apenas le contaste que estabas encinta, y este méndigo se fue corriendo, casi nadando, sin importarle la tromba, esquivando vacas y muebles que navegaban como barcos de papel por toda la ciudad, se fue corriendo, casi nadando, a decirle, a burlarse de Nicomedo.

A tu hermano le dijo: "Mira, tú, Nicomedo, lo que le hicieron a tu hermana, y no dirás ahora que ese nacimiento es cosa del agua y el espíritu", y Nicomedo se quedó tan tieso y pálido que a Hernández le pareció que se había engarrotado para siempre.

Nada te dijo él, Nicomedo, de tu panza, sólo te mencionó que se iría lejos por un tiempo, a Campeche, o más lejos. Después supiste que sí se había ido, no a donde te dijo, sino a Belice, y que ahí, según las noticias que te dio un coronel, le iba bien trabajando para un inglés en una fábrica de hielo.

Antes de marcharse, Nicomedo fue a verte, a despedirse. Fue hasta la casa del gobernador, mi casa, y te halló bordando sentada en una mecedora en el portal de la entrada.

Tú no le dijiste nada de tu hijo ni tampoco le mencionaste que estabas cierta de que su corazón ya no latía igual que antes, que seguía latiendo como por encargo, con desgano.

Nicomedo Santa Clara, tu hermano por parte de tu madre, no necesitó decirte que su corazón ya no latía igual que antes, cuando su tic tac interior acompañaba rítmicamente tus pasos por el corredor entre tu recámara y la suya. Cuando él apretaba sus manos contra el pecho en aquellas madrugadas, creyendo que si no abría los ojos podría seguir viviendo con la idea de que tus carnes en sus manos, tus muslos en su bajo vientre, tus gemidos en sus orejas y tu sexo en su lengua morada no eran más que un mal sueño de la selva.

Y yo teniéndote en terrible desamparo, olvidada casi. Absorto en arreglar las disputas aquí y allá, en establecer un poco de orden en medio de la inquietud.

Las revoluciones son así, me figuro. Empiezan en el momento más oscuro de la noche, cuando el horizonte se sacude, arremolinado entre truenos de voces que rompen el silencio. Para quien ignora que amanece, el problema de la existencia es menor; mas para aquel que ansía beberse la alborada, el tiempo le parece corto, traicionero, estrofa minúscula que se agota en un suspiro. Del mismo modo que empieza la muerte, me imagino.

Después de que tu hermano abandonó Villahermosa, te encaminaste hacia el paraje de Troncal, donde sabías que Hernández se acoplaba contranatura todas las noches con una tal Candelaria. Orgullosa, altiva, regresaste a verlo con tu abdomen húmedo y abultado, y le embadurnaste al ayudante del gobernador que tendrías un hijo mío y que le pondrías mi nombre.

Con nombre de doble santo, lo nombrarías para la posteridad, para que nunca se le olvidara que tuvo padre, que no fue como él, Juan Hernández, un sin padre.

Lo que no le dijiste a Hernández fue que tu Francisco José tampoco sería un sin padre como lo eras tú, Horas Ávila.

Y mucho menos le contaste que infinidad de veces, bañándote en el río te dio por imaginarte al montador de tu madre. Que te ponías a dibujar en el agua su cara, sus manos, su abdomen. Que pretendiste, de acuerdo a como tu propio cuerpo fue cambiando, hacerse una idea de cómo serías él a partir de ti misma

con bigote; de cómo te escucharías con la voz de macho diciendo: 'A ver, tú, cabroncita, abre las piernas que te voy a montar hasta que aúlles', si tú fueras él; imaginabas cómo te hubieran tratado de haber tenido una pinga del tamaño de un platanar entre las piernas, con pechos planos como cáscara de naranja y voz ronca de surco abierto.

Qué fortuna la tuya. Tu hijo, Horas Ávila, no tendría que hacer nada de eso, nada de lo que tú hiciste, no tendría, como tú, que robarse una postal de un lugar extraño y que te sonó parte de otro mundo: "París", decía el cartoncillo con el que corriste a la escuela, te lo oí contar y te arrullé más despacio en la hamaca.

Ahí, en aquel lejano ahí de la escuela, les dijiste a tus compañeros que en ese lugar de cinco letras estaba el barco de tu papá. Ellos te creyeron hasta que uno, quién sabe cómo, supo que en París no hay más mar que el que tú inventaste. Como no había, no hubo nunca, más padre que el que tú soñaste ser de ti misma.

Tus compañeros rieron y tú no volviste a la escuela. Guardaste, eso sí, la tarjeta.

Yo te mecí más despacio, y tú sacaste de entre el escote de tu blusa rosa una postal con la foto totalmente borrada que quisiste regalarme.

Ese hijo tan tuyo tendría un nombre, doble nombre, y todos sabrían de quién era hijo, no te importaba que yo me fuera a ir, tampoco que te hubiera advertido de Ángela, y sobre todo que te hubiese dejado en claro que no te llevaría conmigo a México cuando el presidente Carranza juzgara oportuno mi regreso. Nada valió. Nada más que tu hijo, el primero, tuviera un nombre.

Preguntabas por Ángela, y te alegró saber que hasta entonces no tenía yo hijo varón. Te conté de María, dijiste que tú me darías al primer Francisco José, "No importa que luego tengas otro con Ángeles", me susurraste sabiendo que te equivocabas al nombrarla. Sabiendo que era Ángela, y no Ángeles como tú la llamabas, Horas Ávila, como si con ello, al cambiarle el nombre, desapareciera a la original, y lograras suplantarla por otra inventada, desaparecida, muerta y renacida en ti, por ti.

Te jactabas de que me darías el primer varón. "No importa lo encantado que estés con la nueva chiquita, la recién nacida, que dices que se llamará ¿cómo?", preguntaste cuando llegó el telegrama diciendo que había tenido otra hija. Blanca, se llamaría, lo sabías.

"Se llevarán poco tu Blanquita y tu Francisco José", soltaste como un disparo.

"Todos nos reencontraremos ahí donde vayas a morir, Francisco José, en el umbral de tu última batalla, nos encontraremos; aunque esa eternidad sea más breve que una vida."

La noticia de mi nueva hija te puso como agua encendida, como incendio en el mar, desataste toda tu frenética energía, te empeñaste en parecer fiesta de palmeras por todas partes.

Ibas corriendo de un lado a otro, y la panza te crecía como el Grijalva en tiempo de frutos de nube, igual que tu río de ansioso crepúsculo, te ibas poniendo más ancha, más profunda; crecía tu hondura, redonda como manzana del tiempo, entraña de recuerdo, corazón henchido en la espesura de tu savia más rupestre.

Como lo prometiste, aquí estás, Horas Ávila, furtiva, mórbida resplandecencia; has venido a desbordarlo todo, a confundir la sombra y la luz en el vientre de tu niebla.

De aquí para allá, fluyendo, navegando sobre los caminos de esta deriva insular interminable como sombra de la noche. Palabra, llevar la palabra y con ella la obra, el quehacer revolucionario tras las montañas de agua, detrás de la soledad de los pueblos, para decirlo todo, para darle esperanza a las propias palabras.

Tabasco, nutriéndose de las hojas y los ojos abiertos, desiertos de lagrimales, reconociéndose en el estruendo de esta revolución que emerge. "No podemos seguir viviendo así", escucho decir adonde voy, éste no es el primer sitio donde lo oigo, tampoco será el último, no podemos seguir viviendo así; "vamos a caminar, gobernador", me dice un líder campesino chontal, mientras

parece quemársele el sol dentro de los ojos, "vamos a andar las horas, gobernador", repite, y yo, entonces, en aquel entonces que percibo tan eterno, tan suspendido en pleno vuelo, me acuerdo de Horas Ávila, la andariega descalza, la gota dura que agrieta mi memoria.

Un día, fuera de esta densa pulcritud de hospital, te acordarás, donde estés, Horas Ávila, que llegué tarde y agitado a comerme la sopa de pescado. Lo has de recordar no por la sopa misma, caldo rebosante de ojos saltones, sino porque te invité a que caminaras por un pueblo nuevo, por una nueva capital del estado.

"Ay, gobernador, cómo serás conmigo", te quejaste renqueando de una pierna porque el peso de la panza te iba hundiendo en el lodo. Te acordarás de todo eso, Horas Ávila, del día en que caminaste por ese pueblo recién descubierto donde vivíamos tú y yo y Hernández y muchos otros.

Te acordarás, Horas Ávila, la memoriosa habitada, que volviste a reclamar: "Qué te pasa, gobernador, cuál pueblo nuevo ni que nada, si éstas son las mismas casas pobres, las mismas caras de mulato comeplátanos de siempre, los mismos cañaverales y hasta el mismo sonido del viento de San Juan Bautista, capital del estado de Tabasco, asiento de los poderes del estado, como usted dice en los discursos. ¿De dónde sacas lo de nuevo, si este pueblo ya estaba cuando el diablo llegó a la tierra?"

Antes de que la siguiente palabra se alzara, te dije, y te acordarás, Horas Ávila, tempestad plantada, te acordarás que te dije: "Eso ya no existe", y que a ti te dio una

risa de limpia desnudez ante el miedo porque pensaste que una vez más el supremo gobierno había desaparecido los poderes y yo me iría de inmediato. "¿Ya no eres más el gobernador?" "Sí, sí lo soy, lo sigo siendo." "Entonces, ¿qué es lo que ya no existe?" "San Juan Bautista." "¿El santo?" "No, el pueblo, la capital, el asiento de los poderes del estado." "Pero si estoy caminando contigo por sus calles de lodo, maldiciendo su calor, oyendo a su gente." "Todo eso es cierto", te tranquilicé.

Te acordarás, donde quiera que estés, Horas Ávila, collar de sol, te vas a acordar y dirás, donde quiera que estés: "Sí, sí es cierto todo lo que tú cuentas, Francisco José Múgica Velázquez.

"Sí es cierto porque tú lo oíste, porque tú nos dijiste a las que te amamos, a las que te odiamos, a las que nos acostamos contigo por voluntad y a las que lo hicimos por la fuerza de tus ojos de hormiga enfurecida, sí, sí es cierto que naciste el 3 de septiembre de 1884, como también es cierto, porque te escuchamos decirlo, que fuiste michoacano de un lugar con nombre de enredalenguas: Tingüindín, como cierto es que tu padre se llamó también Francisco y tu madre Agapita.

"Sí, sí es cierto todo eso, todo lo que has contado de mí y de Tabasco y de ese año en que fuiste gobernador, lo recuerdo y lo aseguro yo que te conocí como nadie, que te acompañé a caminar por ese pueblo nuevo que un día almorzó llamándose San Juan Bautista, y luego, ese mismo día, el último y el primero, se fue a dormir deletreando todavía su nuevo nombre, el que tú le pusiste para combatir la religión malsana.

"Yo, Horas Ávila, caminante fundadora, caminé, fundida contigo, por la renovada espesura, cruzando el encendido corazón de ese lugar que tú, en nombre de la revolución, decidiste llamar oficialmente Villahermosa, dirás y estaré allí para escucharte."

¡Ay de ti, Francisco José!; ¡ay de ti!, que pensaste que podías mover el mundo con sólo hallar el punto adecuado donde colocar tu palanca, donde blandir tu lengua espada rojiza a la que diste trato de arma ritual.

Cuando Villahermosa ya era Villahermosa y yo había dejado el puesto de gobernador, Hernández me alcanzó en Juchitán y me contó el alumbramiento de Horas Ávila. El calor de Juchitán es distinto al de Tabasco, es un sol más hosco, menos lagrimal, infinitamente menos húmedo.

Andábamos en la campaña del golfo de Tehuantepec, haciendo lo que debíamos hacer, la revolución dentro de la revolución, cuando llegó Hernández y me lo contó todo, al menos lo que él había visto.

Cerró la puerta del pequeño cuarto y sólo quedó adentro de ese horno, además de él y yo, el batallón de moscas feroces cuya tenacidad era lo único capaz de desafiar ese calor colérico.

La dejé llorando a cántaros, parecía que se estaba desbordando por dentro, pero que más luego se iba a quedar seca como vara en el desierto, que ni siquiera los huesos mantendrían su color. No paró de llorar desde que usted tomó camino, como si ella toda hubiera quedado cubierta por un manto azul de agua, pero no azul de cielo abierto, no azul agua de río, sino azul ciénaga, de ese azul que es casi negro que es casi verde, de ese verde que es casi negro, de ese negro que es casi verde, de ese verde que no es ni negro ni azul ni café ni verde, que no es nada de tan apagado. De ceniza parecía Horas Ávila, de los tobillos a la cintura, de la cadera a la cabeza, sus partes, cuando alguien la llegaba a ver caminado por San Juan, es cierto, señor, se llama Villahermosa, sí señor, le digo que sus partes se le veían como canicas sueltas de un collar roto, cada una respondiendo por su lado, me explico: un brazo volaba por allá, una pierna por acá, el cuello por otro lado, en fin, no como los de Sanvito, porque no convulsionaba ni nada de eso, era distinto, de lejos hasta parecía normal, pero nada más se acercaba uno y era cuando notaba lo que le digo de las piezas sueltas de un collar, Horas Ávila había dejado de ser toda ella una, haga de cuenta un coro en el que cada voz jala por su lado. Y claro que la llamaron loca, cómo no, loca y perdida, muerta en vida. Ya ve que de por sí a Horas le gustaba caminar, pues le dio por andar la orilla del Grijalva, es que no ha salido de San Juan, perdón, de Villahermosa, es que no me acostumbro, allá está todavía, ella dice que esperándolo para que conozca a su hijo, eso dice la pobrecita, mire que acabar así, yo no soy nadie para juzgar, mas para mí que fue esa necesidad de amarrarlo a usted con lo del niño, claro, ella esperaba que usted, naciendo la criatura, por lo menos por compa-

sión, si no a ella sí al escuincle, no se fuera a olvidar, pero le digo que todo pasó muy rápido, nada más se fue usted, ¿qué hará?, ¿a cómo estamos hoy?, déjeme ver acá, ajá, entonces si hoy es, eso quiere decir que, más, menos, y hoy es martes, y usted salió de allá, bueno el caso es que según yo, acá usted no tiene ni tres meses de haberse venido, o sea que todo lo del parto fue como al mes de que usted la dejó. Luego de que usted agarró camino, ella salió de la casa con un tambache así, no, qué va, así de ropa, dizque a lavar al río. Desde entonces fue de mal en peor, todo el día a la orilla del Grijalva lavando y vuelta a la casa ya entrada la noche. Al día siguiente y al siguiente y al otro y así muchos más, salía con el primer rocío y no regresaba hasta que de plano la noche caía por completo, ahí iba con su ropa, ¿y de quién será la ropa?, decían unos, a no ser que ya tenga marido, elucubraban otros, ya ve, señor, que nunca faltan las habladurías, quítese mosca, mosca jija, al grano, señor, al grano como usted dice. El caso es que lavaba y lavaba todo el día de todos los días, yo fui un par de veces a acompañarla, a platicarle, a nada más quedarme allí parado hasta como parte del pastizal para cambiarle un poquito el paisaje. Así me quedé, como parte del paisaje, porque Horas Ávila ni volteó a verme siquiera, ni se inmutó, siguió lavando esa ropa de mujer, entonces vi que era de mujer la ropa, que estaba como manchada de algo rojo que, si usted me lo permite, parecía como batidillo de mujer en sus días, le restregaba duro a las manchas, ya déjale ahí, de tan duro que le das a la piedra se te va a salir el hijo, le quise advertir yo. Me sospecho que no debí decirle nada, a mí nadie me quita de la cabeza que yo mero fui quien le precipitó todo el desparrame que tuvo por parto, yo y nadie más, porque

luego luego de que le dije tal cosa, ella se me quedó mirando fijo cambiada de color como flor negra, abrió la boca y la miré sin dientes, ¿que de por sí no tenía dientes ella, señor? Sí ya voy, al grano, al grano, sus manos se agarraron de los pechos como si fueran mazorcas por desgranar y después se fueron bajando hasta rodear la panza, sus brazos a mí me parecían serpientes bajando de un árbol, así se le fueron enroscando en la panza a Horas Ávila, mientras yo, parado, petrificado nada más oyéndola gemir, ¿y qué hacía?, ni modo de irme corriendo por un médico o una comadrona a esas alturas, si ya a la criatura le había dado por nacer a la orilla del río, pues ni hablar, ¿verdad? Espéreme tantito, traigo algo en la lengua, ya, gracias, señor, qué moscas tan canijas, ¿verdad? Pero más canija la Horas Ávila que nos engañó a todos, canija en serio ella, que hasta a usted le hizo creer lo que no era, por eso no hay que dejarse llevar por la apariencia, yo digo, pues. Aquello se miraba como un accidente de la naturaleza, no un parto. Horas Ávila se arrodilló y aunque usted no pueda creer lo que va a oír, le aseguro que en esos momentos de cuclillas y conmigo enfrente más pálido que un muerto, a Horas Ávila le dio por cantar. Cantar. De su boca salía la letra irreconocible de algo que ella intentaba se pareciera a una canción de cuna. Cantó como un pájaro moribundo, ¿la hora, señor?, muy tempranito, casi al alba, poco después del primer despunte del sol, era muy tempranito, sí, muy tempranito, y ella y yo solos a la orilla del río, presenciando la cosa más rara que nunca ha oído usted, el timo más grande, el engaño más perfecto, porque ya ve que panza sí tenía la Horas Ávila, que todos se la vimos, que hasta se desmayaba en el mercado como quien se va a aliviar pronto, Horas Ávila, con su permiso señor, nos

embaucó a todos, a toditos los que creímos en su apariencia de mujer en estado. Se tiró al suelo, a la hierba, pues, y se arqueó toda completa más que si hubiera sido las cejas de un espantado, se arqueó y así se fue casi arrastrando hasta la mera mera orilla del río. Con el agua en los talones parecía querer que el hijo se le ahogara, yo me dije: en cuanto salga el chamaco yo corro y lo saco. En eso estaba decidido cuando, cuál no sería mi sorpresa, ya voy a acabar se lo prometo, que Horas Ávila parió, parió como yo nunca escuché que nadie pariera, de entre las piernas, como si hubiera sido un buche que se suelta, de pronto, se oyó un resoplido fuerte, y Horas Ávila parió agua. De entre las piernas de Horas Ávila, de entre sus temblores más íntimos, cundió un chorro de agua, potente como lucero, que se diluyó en el río antes de que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Como lo oye, señor, esa Horas Ávila nos engañó a todos, en lugar de hijo, sólo parió agua, agua vacía. No más que agua vacía, de veras, por Dios, oh, perdón, señor, no quise decir eso, claro que no creo en Dios, ¿cómo va a usted a creer?, espéreme tantito, ¡ah!, qué moscas, le digo que agua, puritita agua. No más que pura agua vacía...